

# **La omisión imposible en educación**

Silvia Montoya

**La omisión imposible en educación**

*¿Cómo conducir el colectivo escolar sin información?*

Colección  
**Nuevos Paradigmas**

 **Lugar**  
Editorial

Montoya, Silvia  
La omisión imposible en educación : ¿cómo conducir el colectivo escolar sin información? / Silvia Montoya. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2016.  
184 p. ; 23 x 16 cm. - (Nuevos paradigmas)  
ISBN 978-950-892-510-7  
1. Calidad de la Educación. I. Título.  
CDD 370.1

Diseño de tapa: Silvia C. Suárez  
Diagramación: Cecilia Ricci  
Edición: Mónica Erlich  
Corrección: Juan Rosso  
Ilustrador: Pedro Chain

© Silvia Montoya

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-510-7  
© 2016 Lugar Editorial S. A.  
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires  
Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555  
E-mail: lugar@lugareditorial.com.ar  
www.lugareditorial.com.ar  
facebook.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

## Índice

Prólogo	
<i>Luis Crouch</i> .....	9
Prólogo	
<i>Michael Barber</i> .....	13
Introducción .....	15
<b>Capítulo 1. El debate actual</b> .....	21
Una mecha para encender el debate.....	21
Las víctimas de siempre .....	22
Los culpables de siempre.....	25
Los informados como nunca .....	27
Una mecha para sumarte al debate.....	30
<b>Capítulo 2. Información, indicadores e índices</b> .....	35
Deporte e indicadores .....	35
¿Qué son los indicadores?.....	37
Un indicador engañoso .....	38
¿Qué es un índice?.....	42
El elefante porteño .....	43
<b>Capítulo 3. Educación y pobreza</b> .....	47
El manual de instrucciones.....	47
¿Arrancamos todos en el mismo escalón?.....	47
¿Cuán determinante es el escalón en el que nacemos? .....	49
¿Por qué la educación?.....	51
Educación mata desigualdad.....	51
Redoblar esfuerzos allí donde hay más necesidad .....	53
Es hora de subir.....	54
<b>Capítulo 4. Evaluación de calidad y equidad</b> .....	59
La buena educación .....	59
Lo uno en lo múltiple .....	60
¿Acaso no evaluamos permanentemente?.....	62
Las articulaciones.....	62

Adentro del laboratorio .....	64
Desde la lección del día hasta las pruebas PISA .....	65
Cuanto más hilos se trenzan, más rica es la trama .....	66
¿Miopía o autocomplacencia? .....	68
¿Te preguntaste alguna vez cómo preparamos nuestras evaluaciones? .....	69
Evaluar pensando y pensar evaluando .....	71
El IECEP: sumar el contexto como variable .....	72
Procesamiento de la información: proceso de construcción del conocimiento .....	73
Nuestro objetivo último: mejorar la calidad educativa .....	75
<b>Capítulo 5. Los maestros .....</b>	<b>79</b>
¿Mito o realidad? .....	79
La torta de la educación .....	81
Las mesas de los docentes .....	83
Los ingredientes por porción .....	83
Previsión de sillas vacías .....	85
Un análisis exhaustivo .....	86
El que toma lista está presente .....	87
Menú de opciones de mejora .....	88
La porción justa .....	89
Cocinar con amor .....	91
Mucho por amasar .....	91
Un plato innovador .....	92
Maestros para maestros .....	94
Darles el lugar que se merecen .....	96
<b>Capítulo 6. Costos y distribución de presupuestos .....</b>	<b>99</b>
La inversión invertida .....	99
¿El país de las maravillas o el de maras y villas? .....	100
Ley pareja no trae queja .....	101
Liberar es igualar condiciones .....	102
La distribución real .....	103
Qué pagan los que pagan cuota .....	105
Aportes y costos de la educación privada .....	106
La educación privada en la Ciudad de Buenos Aires .....	107
La inversión por escuela y en Juan .....	108
Juan del sur y del norte .....	109
Buen perfume en frasco grande .....	111
La eficiencia .....	112

<b>Capítulo 7. Tecnología y sociedad de la información .....</b>	<b>117</b>
La revolución .....	117
¿Qué es la sociedad de la información? .....	118
Enredados .....	118
Las aulas sin paredes del primer mundo .....	120
Cambiar el puntero por el cursor .....	121
Analfabetos digitales con PC .....	121
¿Cómo medir habilidades tecnológicas? .....	123
El rol de la familia .....	125
Enredémonos .....	126
<b>Capítulo 8. Educación y trabajo .....</b>	<b>129</b>
La educación siempre paga .....	129
Formales e informales .....	131
El estudio mínimo necesario .....	132
Sobre educación técnica .....	133
Por casa cómo andamos .....	134
La información sobre educación técnica .....	136
Educación y crecimiento económico .....	137
La habilidad para escalar .....	138
<b>Capítulo 9. Innovación en educación .....</b>	<b>143</b>
Habilidades para el siglo XXI .....	143
La forma de la demanda .....	144
¿Cómo fortalecer los nodos de la red? .....	145
Explorar nuevas metodologías .....	147
Ciudadanos del siglo XXI .....	148
El diálogo como fuente de innovación .....	149
Comunicación innovadora .....	151
<b>Capítulo 10. Políticas educativas .....</b>	<b>155</b>
Un bebé que no llora necesita una madre más sensible .....	155
El legado del largo plazo o el fardo del cortoplacismo .....	156
El conductor del gran colectivo escolar .....	158
Cuatro estrellas y cuatro planetas .....	159
La película de los mil y un protagonistas .....	160
Derecho hacia el derecho a la información .....	161
Desafíos políticos .....	163
El despegue y el aterrizaje .....	165
Entre las metas 2015 y 2030 .....	167

Sin balanza no hay equidad .....	169
Las normas de conducta .....	172
Epílogo.....	175
Referencias bibliográficas.....	179
Siglas y acrónimos .....	182

## Prólogo

LUIS CROUCH  
*Vice President and Chief Technical Officer*  
*International Development Group*  
*RTI International*

El lector tiene en sus manos un libro valioso y oportuno. En las últimas décadas, la educación contribuyó a la equidad al ampliar el acceso a la escuela. Pero abrir la puerta no es suficiente para equiparar los aprendizajes entre privilegiados y personas en condición de vulnerabilidad social. Hoy los movimientos internacionales buscan acompañar la masificación de la cobertura con mejoras en la “equidad de la calidad educativa”. Las reformas apuntan a nivelar hacia arriba, a elevar las destrezas cognitivas y las habilidades “para el trabajo y la vida”. Sería difícil pensar en alguien con más autoridad que Silvia Montoya para abordar estos problemas tan actuales y al mismo tiempo tan trascendentales. Gracias a su trayectoria en el campo de la evaluación educativa, por liderar, promover, pensar y ejecutar políticas de mejora, nadie mejor que ella para conducir al lector en un tour por los desafíos del sistema educativo de la Argentina.

Bastan dos palabras para caracterizar y valorar el libro de Montoya: sabiduría y simpatía. Las dos virtudes se refuerzan mutuamente. La sabiduría sobre cómo comunicarse, con un tono llano y personal, con alegorías y metáforas sobre la vida, el deporte (¡mucho sobre deporte!), canciones populares, cocina y fiestas de cumpleaños. Por otro lado, la simpatía, que le permite desplegar sabiduría y precisiones técnicas en una forma amigable y accesible.

La autora no impone resultados ni puntos de vista. Los datos y los resultados hablan por sí solos, sin ser manipulados para que griten. No se escuchan gemidos de datos que no quieren decir lo que ella pretende. Muchas veces, después de iluminar un asunto hábilmente con

las estadísticas necesarias, la autora concluye con más preguntas que con las que comenzó. En ese sentido, cumple con su compromiso de ser una obra que estimula el pensamiento, presenta datos importantes y definitivos cuando se puede, e incita al debate cuando no.

Dada la combinación de autoridad y simpatía que le permite a la autora enfrentar lo complejo con un lenguaje llano y la lleva a abrir tantas preguntas como las que cierra, este libro promete transformarse en la referencia necesaria del debate educativo argentino. Además, tiene la virtud de explicar en forma completa pero sencilla, y con aparente justicia, algunas políticas y hechos que, a este extranjero, se le ocurre pueden haber sido controversiales, como las políticas salariales para el cuerpo docente, su ausentismo, la necesidad de financiamiento preferencial al pobre, etcétera.

Creo que en este sentido el texto puede ser de gran interés no solo para el especialista sino para cualquier ciudadano que quiera ser informado sobre estas cuestiones, y para los que, como los periodistas, intermedian entre el ciudadano y los especialistas. Por ello, también, el libro es consecuente con su misión: educar y abrir interrogantes a la vez, lo cual no es tarea fácil.

Tal vez otra de las contribuciones importantes de Silvia sea señalar que no solo se necesitan *más* datos sino datos *más pertinentes*, que permitan orientar a las escuelas hacia la mejora desde sus circunstancias individuales. La importancia de tener indicadores precisos, que se correlacionen con los resultados finales (el aprendizaje, el bienestar y la felicidad de los jóvenes) es lo vital.

Ya que a la autora le gustan las analogías deportivas (usa varias en su libro), me permito ampliar su mensaje usando una más. Con la posible excepción del *cricket* inglés (donde a veces el resultado final se determina estadísticamente), el béisbol es, quizás, el deporte más orientado hacia las estadísticas. En cualquier momento de un partido, aun en la escuela secundaria, el espectador puede gozar (sí, "gozar" es la palabra adecuada ya que no todo espectador es amigo de los datos) de unos diez datos monitoreados continuamente. Pero una de las características más importantes del béisbol en este sentido es que los entrenadores y los cazadores de talento tienen a su disposición una cantidad realmente asombrosa de indicadores de proceso o "intermedios", además de los indicadores de resultados. Esto se debe en parte a su característica de ser un juego (y un juego psicológico) más que un deporte: casi literalmente, cada movimiento se mide, se registra y se

evalúa. Pero, sorprendentemente, hasta la década de 1990 poca gente había estudiado la relación entre todos esos indicadores de proceso y los indicadores de resultados. Algunos "científicos" del béisbol empezaron a proponer la idea de que los cazadores de talento tradicionales, a pesar de tener muchas estadísticas, "compraban" para sus equipos jugadores que no eran eficientes porque, pese a tener buenos indicadores, no eran los indicadores que conducían a ganar partidos. Estos estadísticos lograron convencer a algunos dueños de equipos de que podían ganar más juegos a menor costo, al "comprar" jugadores que no lucían bien en cuanto a los indicadores tradicionales, pero que sí lucían bien en cuanto a los indicadores que en sus análisis demostraban estar correlacionados con la victoria. El resultado fue que equipos con poco dinero para comprar jugadores caros, compraron jugadores más baratos pero con indicadores de "eficiencia" positivos. Los resultados fueron, por lo menos al principio, notables, y se documentan en la película *Moneyball*.

Sin forzar la analogía, el libro apunta hacia algo parecido, y lo hace (la repetición es adrede) con sabiduría y simpatía. Se necesitan datos, sí, pero datos que permitan entender los resultados finales. La medición de la pobreza y la adecuación de las finanzas al nivel de pobreza para igualar oportunidades son importantes porque tienen algo que ver con los resultados. Pero también lo es el reconocer (y medir) la gran dispersión que hay entre escuelas a igualdad de contexto socioeconómico y a igualdad de apoyo estatal, y buscar las causas para controlarla.

El libro también resalta que los datos no son solo terreno de expertos, sino que se deben divulgar, debatir y utilizar para la gestión cotidiana, para informar a padres, comunidades y políticos, y que puedan ejercer sus opciones de "voz", "salida" y "lealtad". Hacer uso de estos derechos puede sonar fácil en teoría, pero ser difícil en la práctica. Una familia de bajos recursos y sin acceso a los datos no puede ejercer estos derechos. Por un lado, está la satisfacción subjetiva de los actores: cómo se siente el niño en la escuela, los padres, la comunidad. Esto es importante porque como nos dice Silvia citando a Einstein, no todo lo que vale la pena hacer es (fácilmente, diría yo) medible, ni todo lo (fácilmente) medible vale la pena hacerse. Es válido recopilar información sobre estas percepciones. De la misma forma, las empresas exitosas no solo miden indicadores "objetivos" sino que les preguntan a sus clientes su opinión y tratan de relacionarlas con los datos duros. Es claro que hay que tener cuidado de no quedarnos solo con estas

percepciones, ya que a veces, por ejemplo, alguien en situación de vulnerabilidad económica puede estar predispuesto a sentirse contento con menos que los más privilegiados. En el ámbito educativo tenemos que cruzar lo cualitativo –el cómo es vivida la educación– con lo cuantitativo. Es indispensable fijar parámetros objetivos (¡y darlos a conocer!) del nivel de calidad educativa al que todos tienen derecho. ¿Qué significa tener derecho a una educación de calidad? ¿Qué tipo y grado de educación pueden exigir hasta los más pobres?

Finalmente, es bueno recordar la Ley de Campbell, traducida así por este prologuista: “Mientras más se use cualquier indicador cuantitativo para las decisiones sociales, más sujeto estará el indicador a presiones corruptoras, y mayor peligro habrá de que distorsione y corrompa los procesos sociales que monitorea”. Esto no implica que no se deba usar indicadores. Pero sí nos recuerda que hay que separar claramente los indicadores que ponen presión sobre los esquemas de decisión política y financiera de aquellos otros que se usan de formas más sutiles para estudiar, informar, apoyar y dialogar. Lo peligroso es tratar de lograr ambos propósitos con los mismos indicadores. Pero nada debemos temer de los buenos indicadores, que pueden ser, como el libro de Silvia, una guía que nos orienta bien, de manera clara y sabia, en la dirección correcta.

## Prólogo

SIR MICHAEL BARBER  
*Office of the Chief Education Advisor*  
*Pearson, Londres*

Al igual que Silvia Montoya, también yo dediqué mi carrera a la investigación y a la mejora educativa, lo que me permitió observar el sistema educativo desde una gran variedad de perspectivas: como asesor principal de Educación de Pearson, socio-director de Delivery Associates, fundador de la práctica de la educación mundial en McKinsey, asesor del ex primer ministro británico Tony Blair, profesor, maestro y hasta representante del sindicato docente. A lo largo de los años, la experiencia fue a veces estimulante, a veces frustrante, pero siempre enriquecedora. Mejorar la educación es gratificante en la medida en que amplía las oportunidades de vida de los niños.

El libro de Silvia describe claramente los desafíos que enfrenta la educación en la Argentina y en el mundo. Al mismo tiempo, ilustra la necesidad de una profunda reforma educativa. Luego de haber participado en reformas y cambios de sistemas a gran escala en más de cuarenta países, les aseguro que esta obra tiene un mensaje central: la reforma no debe ser una aventura incierta, sino un plan basado en la evidencia, los datos y la ambición.

Las ciencias sociales no presentan pruebas irrefutables y claras como las ciencias exactas, y nunca lo harán. Nuestro observatorio no tiene telescopios. Nuestro laboratorio no tiene tubos de ensayo o microscopios. Nada de esto es posible en el estudio de sistemas vivos y complejos donde millones de personas interactúan a diario. No podemos aislar fácilmente las condiciones o experimentar en entornos simulados. Por el contrario, en la mayoría de las ocasiones el reto es reunir datos sobre las múltiples variables y alcanzar juicios que influyan en el sistema. Los datos informan pero no deciden el sentido de los

cambios. Esto es así porque mientras que la información es la principal herramienta para detectar problemas e indicar posibles mejoras, al final siempre son los líderes de la educación quienes tienen que tomar las decisiones según sus valores.

El mundo de hoy demanda ciudadanos globales informados capaces de adaptarse a la sociedad de la información y el conocimiento. Con una educación pertinente, accesible para todos, sustentada por valores comunes fundamentales, podemos reducir la pobreza, mejorar la salud y los medios de vida, aumentar la prosperidad y la inclusión, alcanzar una sociedad más sustentable y pacífica. Por estas razones, el logro de la calidad y equidad educativa debe ser la misión de todos los que conducen la reforma educativa. Por eso, las metas de Silvia en la UNESCO son también las mías, en mi cargo actual y en los anteriores.

En un contexto que exige fraternidad, Silvia nos informa sobre el camino común y nos explica en forma amena los principales obstáculos a superar. Por encima de todo, expone una realidad fundamental: para producir el cambio deseado no solo necesitamos un sistema de recopilación de datos eficaz, sino también la comprensión de un poder intangible. Este poder es el que surge de todos, del liderazgo de la comunidad internacional, los dirigentes políticos, directores, maestros, padres y estudiantes para producir cambios en los resultados del aprendizaje.

Este libro nos invita constantemente a identificarnos con los diferentes actores y a ver el sistema desde todas las perspectivas. Como Silvia deja en claro, los números no solo se relacionan con otros números sino que son representaciones de la vida misma, con toda su complejidad. Con sus ejemplos autobiográficos, la autora nos recuerda que la intuición es una parte necesaria al abordar asuntos humanos, y que la reforma educativa debe estar guiada por datos y pruebas pero es, en lo fundamental, una cuestión de hábitos y comportamientos.

Por todas las razones anteriores, felicito a Silvia por su libro, y también a todos aquellos que, en todo el mundo, se interesen en su lectura y en ser parte del progreso educativo.

## Introducción

Es posible que esperes encontrar en este libro una recopilación de datos, estudios y estadísticas sobre la situación actual del sistema educativo argentino. Mi perfil técnico podría prometer eso. Quienes me conocen saben que me especializo en tres cosas: producir indicadores educativos, institucionalizar organismos independientes de medición de la calidad y usar la información obtenida para la mejora. Esta fue mi triple misión en administraciones nacionales, jurisdiccionales y supranacionales. Esto hice tanto en el gabinete del Ministerio de Educación de la Nación Argentina entre 1999 y 2001, como en la Dirección General de Evaluación Educativa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires entre 2012 y 2015. Y esta es mi actual tarea al frente del Instituto de Estadísticas de la UNESCO.

En definitiva, me dedico a generar información valiosa sobre el sistema educativo, mediante métodos rigurosos que requieren el marco de entidades independientes, para poder devolverle este conocimiento a la ciudadanía, motivar acciones de mejora, enriquecer el diálogo y orientar políticas públicas inteligentes en pos de la calidad y la equidad. Quizás, por toda esta presentación, esperes encontrar en este libro muchas cifras y observaciones moderadas. Tal vez seas un lector predispuesto a sobrevolar mis palabras a la caza de números contundentes. Seguramente te atraerán más los datos coherentes con tus ideas y te arrojarás sobre mis números para hacerlos tuyos. Entonces, les harás decir muchas cosas. Se harán voz en charlas de café, reuniones familiares, asados con amigos, discusiones universitarias, debates parlamentarios; tinta en periódicos y luz en pantallas digitales.

Si es así, adelante. Me parece muy bien, siempre que la información la uses con responsabilidad y sirva para enriquecer los debates. Pero quiero anticiparte que si bien vas a ver saciada tu hambre de datos,

las páginas que siguen buscan ir más allá. No las escribo solo como una investigadora que comparte el resultado de sus estudios. También busco enseñar como docente universitaria, aprender como estudiante, ayudar como madre, guiar como funcionaria pública y dialogar como ciudadana.

En el camino de la educación todos tenemos el poder de hacer la diferencia, de mejorar nuestra realidad y la de quienes nos rodean. Esta enseñanza simple y genuina me grabó a fuego mi padre con el ejemplo de su vida. Él tenía 8 años cuando comenzó a estudiar en una humilde escuelita rural. Gracias a su fuerza de voluntad fue el primero de su familia en completar estudios medios y el único universitario de sus ocho hermanos. Siguiendo la senda del esfuerzo y la perseverancia logró ascender laboralmente y obtener muy buenos empleos en la función pública. Como imaginarás, para mis hermanos y yo seguir una carrera universitaria fue la única alternativa. Pero mi padre no se contentó con eso: también logró incentivar y ayudar financieramente a muchos de mis primos para que estudien. Y en realidad, tampoco paró allí, sino que sintió la obligación de ayudar a toda la comunidad. Siempre con el ejemplo, pero también con la palabra, supo inculcarle a toda la familia el amor por el servicio público y la inclusión. Aún hoy creo que todos nos sentimos jugando en un gran equipo. Él es el capitán y el guía. Cuando recibí mi título de doctorado en una de las principales casas de estudios del mundo, solo quería que él me viera. ¿Qué hubiera pasado si él no hubiera ido a esa escuelita? ¿Qué hubiera sido de mí sin su guía? Por eso, consciente de que todos somos parte de una gran constelación de relaciones, todo mi ser está tecleando, urgido por aportar una nueva mirada en el debate acerca de la educación argentina y mundial, en un momento que considero decisivo.

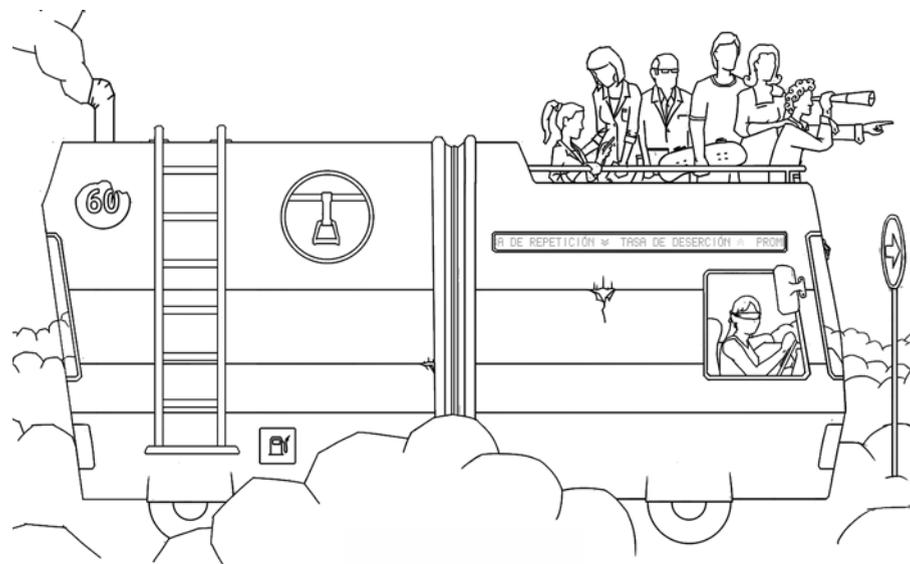
El mundo está viviendo una gran revolución impulsada por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, en medio de una crisis económica que lo azota desde 2008 y con profundos desafíos medioambientales. En este contexto histórico, signado por cambios rápidos y profundos en todas las esferas de la sociedad, las certezas sobre el sistema educativo también se desmoronan.

Los invito a imaginar el mundo dentro de quince años. ¿Tienen alguna idea de cómo será? Tal vez, como a mí, los invadan más las dudas que las certezas. Esa realidad desconocida es la que enfrentarán los chicos que hoy ingresan al sistema escolar. Estamos preparando a nuestros hijos para un mundo que no sabemos cómo será. La nueva

economía global da señales inequívocas de valorizar más que nunca el capital intangible del conocimiento frente a los demás recursos. Por eso, aunque no podemos adivinar qué realidad saldrá por la puerta del 2030, sabemos que más conocimiento nos dará más oportunidades para enfrentarla.

Pero ¿qué debe enseñar la escuela con miras al siglo XXI? El debate está abierto. Yo pienso que debe inculcar valores acordes a la convivencia democrática, estimular la capacidad de pensamiento lógico-matemático y la comprensión de textos, promover el uso de las herramientas digitales, potenciar la inteligencia emocional, despertar el sentido de adaptación, ejercitar la habilidad para jerarquizar e interpretar la nueva marea de datos, entre otras cosas. Pero todo esto puede sonar a ciencia ficción en una realidad que aún no alcanza niveles básicos de calidad y equidad educativa. Comenzar por aquí sería como querer pintar las paredes de la casa antes de arreglar los cimientos. Porque antes que la incertidumbre y los desafíos del futuro duelan los urgentes problemas del presente. La sociedad civil está sentida por una crisis educativa que ya se ha instalado en la agenda mediática y exige cambios inmediatos. Una parte de nuestro orgullo nacional ronda como un león herido. En los comienzos de nuestra historia obtuvimos una serie de logros, como la ley pionera de 1884 que promovía una educación laica, gratuita y obligatoria. El relato de estas conquistas, en lugar de servir como ejemplo inspirador, terminó transmitiendo a las siguientes generaciones la idea inmutable de que "Argentina está a la vanguardia educativa de América Latina". Con el correr del agua, esta percepción fue perdiendo contacto con la realidad hasta convertirse en una fantasía social. De esta manera, dormíamos en los laureles hasta que las nuevas señales de alarma sobre el estancamiento y degradación de nuestro sistema nos despertaron en medio de un duro laberinto y bajo una gran tormenta mundial. Esta nueva vigilia, junto con el deseo de recuperar nuestro orgullo perdido, nos presenta otra chance de encontrar la salida. La gran revolución técnica global nos encuentra en medio de una crisis educativa local, con la vista levantada y predispuestos para el cambio. Ahora tenemos otra oportunidad para retomar la senda que comenzó a trazar Sarmiento. Podemos, como canta nuestro himno, levantarnos nuevamente en la faz de la tierra como una nueva y gloriosa nación. Queremos volver a la cabeza del mundo y no hay atajos mágicos para llegar allí. Contamos con los recursos necesarios. Resta acordar un plan inteligente, arreglarnos y seguirlo con esfuerzo. ¿Cómo? A través de una discusión

política franca e independiente de todo interés económico o partidario para acordar el rumbo del sistema educativo. Espero que este libro, además de brindar información valiosa, sirva para ponerte al tanto de la discusión y sumarte al gran diálogo informado y trascendente que queremos.



## Capítulo 1

“La mayor dificultad que a la difusión de la instrucción se opone entre nosotros nace de que no se quiere bien lo mismo que se desea; de que no hay convicciones profundas y que no se ha sondeado la llaga, ni apreciado suficientemente la extensión del mal. Cuando aquella convicción nazca de este estudio, la aplicación del remedio parecerá a todos cosa fácil y hacedera, puesto que nada vamos a inventar, nada a crear que no haya sido puesto en práctica en diversos países y dado resultados completos, habiendo todo el mecanismo de procedimientos, convirtiéndose en leyes y reglamentos vigentes, de una aplicación practicable, bajo todas las condiciones de localidad, y según cada grado de civilización y sistema de gobierno de las naciones que lo han ensayado.”

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, 1849

### Una mecha para encender el debate

Una forma de medir el esfuerzo que hace una sociedad en educación es mirar cuánto representa esta inversión en relación con su producto bruto interno (PBI). En 2011 el Estado argentino alcanzó a destinar el 5,13% del PBI al presupuesto educativo, cuando en 2004 esta proporción era del 3,2% según datos publicados por el Banco Mundial. Finlandia, por ejemplo, un referente clásico de excelencia educativa, destinaba entonces solo 1,4% puntos porcentuales más que nuestro país. Más allá de la discusión sobre los números exactos, lo cierto es que hemos aumentado el esfuerzo destinado a la educación. Gracias a la nueva Ley de Financiamiento Educativo alcanzamos una de las tasas más altas del mundo y de la región.

Sin embargo, a la luz de los resultados pedagógicos obtenidos, en el campo de la calidad educativa hay menos motivos para festejar. Este aumento significativo del monto de la inversión no resultó en una mejora en los niveles de la educación que reciben nuestros niños y jóvenes. Caímos en las pruebas internacionales alejándonos de los

países con mejor desempeño educativo. A modo de ejemplo: Chile invierte un porcentaje menor de su PBI que la Argentina y los resultados de sus alumnos en las pruebas internacionales son mejores que los nuestros. Esto pone en evidencia que no siempre más plata equivale a mejor educación y que nuestro esfuerzo económico de los últimos años no fue acompañado de una mejora en la “calidad” de la inversión. En otras palabras, gasto no siempre quiere decir inversión. Esta es la gran paradoja de la situación actual de la educación en la Argentina.

¿Por qué si destinamos más presupuesto a la educación no obtenemos señales de mejora en la calidad educativa? ¿Cómo podemos revertir esta situación e invertir con más inteligencia los recursos? ¿Cómo podemos garantizar educación de calidad para todos y la construcción de una sociedad más justa y equitativa en el marco de esta realidad tan compleja y cambiante?

Como siempre, hay más de una explicación posible, dos posturas extremas, y la “verdad” bailando en el medio.

## Las víctimas de siempre

Las miradas más autocomplacientes sostienen que los promedios académicos bajan debido a la inclusión escolar de población en situación de pobreza (tanto de argentinos antes excluidos del sistema educativo como de inmigrantes de países fronterizos). En línea con esta justificación se da un descreimiento en las pruebas internacionales, inadecuadas e injustas para medir nuestra realidad, única y compleja.

¿Entonces quiere decir que si logramos que todos los niños vayan a la escuela, tenemos que resignarnos a que la educación que reciben en ella sea de baja calidad? Afirmar esto permite librar de su responsabilidad a todos los actores que integran el sistema educativo. Esta simplificación no tiene en cuenta que a la educación la construyen entre todas las personas que cada día le dan vida a las escuelas. Según esta visión, no hay nada que políticos, funcionarios, supervisores, directores, docentes, alumnos, padres, empresarios y la sociedad civil en general puedan hacer para garantizar calidad además de inclusión. Esta mirada, aparentemente miope y determinista, es funcional a la defensa de gestiones de turno porque saca la pelota afuera de la cancha y desvía la mirada de todos los jugadores. Y al quitar el foco de las

responsabilidades relativas, la ilusión de que “los resultados no dependen de nuestros esfuerzos sino de fuerzas mayores” termina siendo perjudicial para todo el sistema educativo, desde las políticas públicas hasta el aprendizaje de los alumnos. Esta cómoda idea se arraiga con facilidad en todos los ámbitos donde la educación fracasa. Promueve el conformismo y la victimización, actitudes pasivas que nos impiden sentirnos protagonistas. En cambio, debilita el compromiso y desmotiva los intentos de cambiar las cosas. En el aula muchas veces tienen su correlato en justificaciones como “me pusieron un uno”, en lugar de “me saqué un uno”; o “el examen era tramposo” en lugar de “no supe entenderlo”.

El segundo argumento de quienes se quejan de las pruebas internacionales es que los argentinos somos incomparables y los instrumentos, muy básicos para evaluar una realidad tan compleja como la nuestra. Basta profundizar un poco en la realidad del resto de los países evaluados, tanto lejanos como vecinos, para demostrar que no somos extraterrestres. El aumento de cobertura, o la inclusión escolar de una población en situación de vulnerabilidad que condiciona negativamente el aprendizaje no es un fenómeno exclusivo de la Argentina. Sin ir más lejos, en Chile y Brasil se observan niveles similares. Y, sin embargo, sus resultados en las pruebas internacionales, al contrario de los nuestros, han ido evolucionando positivamente en los últimos años. En las pruebas del Programa Internacional de Evaluación de Alumnos (PISA) 2012, la Argentina ocupa la posición 59, por debajo de Chile, Uruguay y México en matemáticas; y por debajo de Chile, Uruguay, México, Colombia y Brasil en lectoescritura. Lo anterior desnuda la inconsistencia del argumento autocomplaciente.

Aclaro que la posición en el *ranking* no es lo más importante sino que sirve como una alerta complementaria del problema de fondo: las habilidades adquiridas por los alumnos no progresan en relación con los esfuerzos; no mejora la retención en la escuela media; muchos chicos están fuera de la escuela; y estamos fallando en lo principal pues no estamos formando personas con valores cívicos y en igualdad de condiciones para desenvolverse en la vida adulta.

Lo más peligroso de los razonamientos que desdeñan las pruebas internacionales es que desvalorizan la comparación como método de análisis. Es importante aclarar que si bien ningún sistema educativo es igual a otro, todos son comparables en el sentido más rico de la palabra. Porque comparar no significa extrapolar, ni señalar al diferente,